

LA ALHAMBRA

SEDUCCIÓN DE SEDUCTORES



Atardecer en el conjunto nazarí desde el Mirador de San Nicolás. Torre de Comares en la foto pequeña.

Quédense el lector con la tercera acepción académica del verbo seducir, “cautivar el ánimo”, porque eso es lo que suele provocar la Alhambra en quien la visita. Personas notables, poetas, escritores, pintores, músicos, actores o viajeros a secas... Desde el siglo XIII hasta nuestros días, todo visitante del conjunto arquitectónico granadino podrá describir sensaciones nunca antes percibidas.

Texto: J. ORTIZ
Fotos: J. ORTIZ y PATRONATO DE LA ALHAMBRA Y EL GENERALIFE

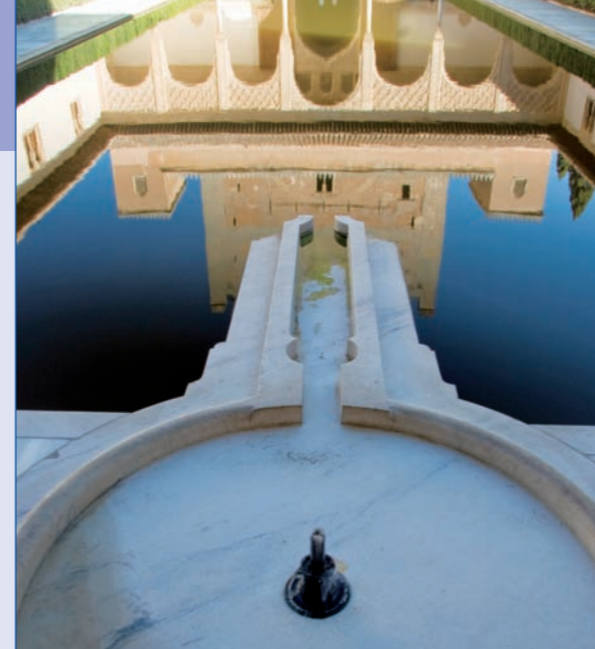
PARA muestra de lo dicho en la entrada, un famoso “botón”: el de ese estudiante estadounidense apellidado Clinton que se quedó maravillado ante “la más bella puesta de sol del mundo” y que algunos

años más tarde sería elegido presidente de los EE.UU. Orgulloso como está el escriba de que tan singular personaje dedicara semejante piropo a un lugar de su patria, permítasele un poco de objetividad: sin poner en duda que un crepúsculo alhambrense es todo un espectáculo de sensaciones, la percepción del joven Bill desde el Mira-

dor de San Nicolás –hay quien dice que desde el de San Cristóbal–, que domina el Albaicín y permite ver la Alhambra proyectada sobre Sierra Nevada, debió tener mucho de estado de ánimo. Y éste es, precisamente, el punto de partida que se propone al lector: dejarse llevar por aromas, colores, brisas, formas, apreciaciones estéticas,

luces, sombras, historia, leyendas, rumores de agua o silencios rasgados por gritos de golondrinas hasta encontrar cada cual su estado de ánimo único y particular que le permita ver su exclusiva Alhambra.

Washington Irving, todo un turista de la primera mitad del siglo XIX –cuando aún no se había



Patio de los Arrayanes y dos perspectivas del Patio de la Acequia en el Generalife. A la derecha, monumento a Wasington Irving en la senda del bosque que rodea a La Alhambra.



Se trata de que cada cual encuentre su estado de ánimo único y particular que le permita ver su exclusiva Alhambra

“inventado” el turismo según hoy se entiende –llegó, vio y escribió sus *Leyendas de la Alhambra* en 1829: “Entramos con cierta emoción al palacio de la Alhambra. Nos creímos elevados a lejanos tiempos y rodeados de personajes de leyenda”, dice en la breve descripción que precede a sus famosos cuentos mitad inventados y mitad saca-

dos de lo que aún cuchichean los balcones de la Cuesta de Gómez, por la que Irving ascendió al conjunto nazarí. Su estado de ánimo se amalgamó en una arquitectura que estaba ansiando ver y en un paisaje que le sorprendió por la riqueza de sus confidencias. Cosas similares cabría decir de otros románticos como Chateaubriand, Alejandro

Dumas, Richard Ford, Gautier, Hans Christian Andersen, Francisco Tárrega o Lord Byron. Cada uno en su estilo se enamoró de la fortaleza palaciega que corona la colina de La Sabika y entre cuentos, diarios de viajero y piezas para guitarra, contaron al mundo su visión –romántica, por supuesto– de la Granada andalusí.



Cuesta de Gómez, por la que Irving llegó por vez primera a La Alhambra.



Salida a la Cuesta de los Chinos, que llega hasta el Darro y el Albaicín.

Así se llega al mismísimo Henry Matisse, que en 1910 visitó el Sur de España y permitió que los colores de la Andalucía de hace un siglo se fundiesen en la paleta de su “fiero” expresionismo (en 1905, el crítico Vauxcelles bautizó como Fauve, es decir, fieras, el nuevo estilo del grupo de artistas entre los que se encontraba Matisse. Se definió así el “fauvismo”).

Conviene, antes de regresar al estado de ánimo de cada cual, repasar a qué suele llamarse “Castillo Rojo”, que eso es lo que significa el nombre original de *qa'lat al-Hamra'*. El conjunto abarca los Palacios Nazaríes, el Generalife, la Alcazaba y la denominada

Alhambra alta y sus torres. Y bueno: apurando, hasta el Palacio de Carlos V; ese ejemplo del Renacimiento español que el emperador mandó construir en 1527 –ojo: se terminó en 1957–, que robó parte de su terreno a la construcción andalusí, de hecho está unido al Alcázar alhambrense, y que es un edificio de planta cuadrada cuyo inmenso y centrado patio interior es un círculo. No tiene la sensualidad de las construcciones vecinas –o sí–, pero sin duda es único en su estilo.

De sentir la Alhambra toca hablar, que lo prometido es deuda. Más de un autor lo ha descrito como toda una alegoría del Paraíso –islámico, cla-

INFORMACIÓN

Patronato de la Alhambra y el Generalife

C/ Real de la Alhambra s/n
18009 Granada
Tel.: 902 441 221
www.alhambra-patronato.es

ALOJAMIENTO

Parador de Granada ****

C/ Real de la Alhambra, s/n
18009 Granada
Tel.: 958 221 440
granada@parador.es
www.parador.es

RESTAURANTES Y TAPEO

Restaurante Chikito

Plaza del Campillo, 2
18009 Granada
Tel.: 958 223 364
www.restaurantchikito.com

Casa Salvador

Duende, 6
18005 Granada
Tel.: 958 261 955
www.casasalvador.net

Y el imprescindible tapeo.

Rutas de Tapas.
www.granadatur.com/rutas/rutas-de-tapas

ro–, en el que el agua es como la tierra prometida de un pueblo cuyo duro origen es el desierto. Por eso probablemente la singularidad de los jardines: como los del Partal, en el Generalife, que llegan hasta la Torre de las Damas; o los de Daraxa, que hoy son producto del tiempo en que se construyeron las habitaciones del nieto de los Reyes Católicos, pero que se basaron en lo que ya disfrutaban los nazaríes; o los de los Adarves, en la Alcazaba, de los que arranca la muralla en la que se colocaron los popularizados versos de Francisco de Icaza –“Dale limosna, mujer, /que no hay en la vida nada /como la pena de ser /ciego en Granada”–.

Pero también está el agua en sí, la que corre por la Escalera del Agua en forma de pasamanos líquido; o la que se remansa en el Patio de los Arrayanes, en un efecto voluntariamente buscado por los arquitectos,

para que la quietud cristalina del estanque central refleje las galerías, las luces o la Torre de Comares, cuyas vidrieras de colores o “comarías” –de ahí el nombre– envidian la quietud del líquido elemento; o el Patio de la Acequia, donde el agua juega a sinfonía continua desde los pequeños surtidores rodeados de mirtos, rosales, cipreses y naranjos; o el Patio de los Leones con su fuente única: “En apariencia, agua y mármol parecen confundirse, sin que sepamos cuál de ambos se desliza. ¿No ves cómo el agua se derrama en la taza, pero sus caños la esconden enseguida? Es un amante cuyos párpados rebosan de lágrimas; lágrimas que esconden por miedo a un delator”, dicen los versos de Ibn Zamrak que un fino relieve desvela en el cuenco húmedo. “Cuanto más se contempla la Alhambra, más se tiene

Una alegoría del Paraíso –islámico, claro–, en el que el agua es como la tierra prometida de un pueblo cuyo duro origen es el desierto

la sensación de que el ideal de los árabes era vivir sobre un jardín”, decía Fernando Chueca Goitia, el arquitecto de la madrileña Almudena, al que cabe suponerle conocimiento de causa porque, como responsable de la rehabilitación del Palacio de Carlos V, debió ver muchos amaneceres y crepúsculos en la colina de la Sabika.

Cierre los ojos durante unos minutos el viajero



Puerta de la Justicia, en la muralla sur de la fortaleza junto al Pilar de Carlos V.

durante su visita a la Alhambra e imagínese solo –sí: es difícil; más en un tiempo en que se ha hecho preciso limitar el número de visitantes, pero...–. Combine la sensación con lo que ha visto, tocado, escuchado, olfateado: los versos escritos en el yeso como filigranas de bolillos, el aroma de la vegetación, las mil formas geométricas de los alicatados, el rumor del agua, la escueta elegancia de las columnas y

los arcos, los juegos de luces iluminando las estancias, el frescor que parece reinar por doquier... Y búsquese a sí mismo en esa intimidad dejándose llevar; sin más. Comprenderá que está rodeado de una opulenta austeridad, que en el espacio alhambrense no hay ricas individualidades sino hermoso conjunto. Es, sin duda, el acicate para que las propias emociones se unan a la percepción multisen-

social que inunda todo en la Alhambra. A partir de ahí... Bueno: rellene el lector los puntos suspensivos, sintiéndose si le place un Irving, un Dumas, un Tárrega o un Matisse, con su propio estado de ánimo. Y cuando lo cuente, es probable que también llegue a figurar entre los seductores –los de la palabra, el color o la música– a los que el hoy monumento lleva seduciendo más de siete siglos. ■